

dizas entre unos y otros cargos se refieren a la práctica de una «vieja política», una «política de antiguo estilo», una «política caciquil» o una «política marxista». De este modo, toda la experiencia liberal-democrática —y en especial, la desarrollada durante la Segunda República— quedaba reducida a una denodada lucha de poder entre banderías políticas que se limitarían a prometer, sin ofrecer nada, para conseguir votos y a acudir a las más impensables artimañas con el objeto de garantizar unos resultados favorables. Además, cualquier comportamiento anómalo desde las instituciones —conductas arbitrarias, irregularidades administrativas, actuaciones personalistas, favoritismos, abusos de autoridad, etc...— quedaba indentificado con el seguido antes de 1936, como resabios de aquella época, sin aceptar que tales actuaciones se suceden al margen de cualquier sistema político. En el fondo, como reflejan varios informes y correspondencia enviados a los gobernadores civiles y jefes provinciales del Movimiento y a los delegados sindicales provinciales de Albacete, ahora, durante el franquismo, ha cuajado una forma muy nuda de caciquismo que tiene en la designación de falangistas —o en todo caso, de adictos al Régimen, o de indiferentes— y en la exclusión de elementos de izquierdas para cargos locales y provinciales, de la administración local y de la red sindical, su pieza motora.

Más lejos se llega en otras acusaciones: las de practicar una política marxista o demagógica, con la que a veces se identifica —sobre todo, por parte de los patronos— cualquier intento de crear una conciencia reivindicativa en los obreros. El temor y el rechazo al reparto de la tierra y a las formas colectivas de explotación (proyectos que no prosperan en Albacete), la insistencia en la unidad de acción entre patronos y «productores» (negando la lucha de clases y elogiando la fórmula del sindicalismo vertical por agruparlas en unas mismas entidades) y la desconfianza hacia elementos y organizaciones que actúan al margen de la Organización Sindical o que copan puestos en ella (individuos con pasado de izquierdas, miembros del grupo de apostolado obrero de la H.O.A.C.) podían contar con ese respaldo artificial de los argumentos contra el marxismo como mal contemporáneo, ajeno a lo español, semilla de odios y de discordias. Contra él también arremete el obispo de Albacete y la Iglesia en general, al identificarlo como verdadero enemigo, como teoría del ateísmo y elemento